



## **SOBRE EL ESPÍRITU DE LA ASUNCIÓN – III**

### **Fe, amor a la verdad.**

**Madre María Eugenia – 3 de marzo de 1878**

Mis queridas Hijas,

No es fácil explicar el espíritu de la Asunción tal como lo siento. Ver, sentir interiormente la unidad a la que se refiere todo un conjunto es más fácil que explicarlo. Quisiera que otra persona pudiese hacerlo, pero no veo quién. Os daré sencillamente las luces que reciba de Dios, pidiéndoselas en la oración. Quizá al reunir las se podrá hacer un conjunto.

Según mi pobre manera de concebir, el primer derecho de Dios es que se le crea cuando habla, y el primer deber del hombre es recibir la palabra de Dios con un profundo respeto y con una fe grande. Comprendéis que, si este es un deber general para todo cristiano, nosotras debemos ir más lejos: debemos responder por la adoración y por el amor a la palabra por la que Dios se da a conocer. Que esta sea la base y el principio, lo captáis sin dificultad. ¿Cómo conoceríamos a Dios, cómo sabríamos lo que le debemos, si no nos lo hubiese dicho nunca? ¿Qué unión habría entre Dios y su criatura, si Dios no le hubiese hablado? Sin duda ninguna, Dios ha dado al hombre facultades con las que puede conocer algunas verdades del orden natural, sobre Dios, sobre el hombre, sobre sus relaciones con Dios, etc., pero, ¡con qué trabajo y con qué mezcla de incertidumbre y de error!

El mayor esfuerzo de la mente humana respecto a esto, lo ha realizado la antigua filosofía. En medio de pensamientos elevados, bien distintos de las ideas abyectas en que hoy está cayendo la filosofía materialista, ¡cuántas contradicciones, cuánta incertidumbre! ¡Qué de pobres e imperfectos conceptos sobre Dios, sobre la creación, sobre la vida futura! y también los sabios del mundo antiguo estaban esclarecidos, en cierta medida, por la tradición de las verdades reveladas por Dios a Adán y por las luces que los judíos, depositarios de la palabra divina, aportaban en las distintas regiones del mundo donde se habían dispersado.

Para nosotras, no existe la duda ni la angustiosa búsqueda: Dios nos ha hablado. Ha hablado al principio del mundo, ha hablado a los patriarcas, a los profetas; y el conjunto de esta enseñanza, dictada por el Espíritu Santo, es lo que constituye el tesoro del Antiguo Testamento. Después, Dios ha dado al mundo a su Hijo único. Jesucristo ha venido a la tierra para comunicarnos toda verdad, para enseñarnos todo lo que necesitamos conocer y practicar. En fin, nos ha dejado a su Iglesia que guarda su palabra divina, y que nos la explica con la luz de lo alto. Otros han

buscado la verdad, nosotras la poseemos plena, completa, que ha descendido del cielo para nosotras, y que está pronta a aumentar sus luces a medida que más la estudiemos y más la amemos.

¿Qué dar a Dios por un beneficio tan grande? La fe. -Pues bien, la fe es la primera característica del espíritu de la Asunción; y si lo es para todos, para nosotras tiene que serlo de un modo especial, según el grado en que nos dejemos penetrar por ella. Para ser verdaderas hijas de la Asunción, es preciso que nuestra fe sea firme, ardiente, que anime todos nuestros pensamientos, todas nuestras acciones, todas nuestras relaciones, tanto de fuera como de dentro, y que se convierta en la atmósfera de nuestras almas.

Pero este carácter corresponde a otros... Sí, sin duda, y tengo que prevenirlos que esto ocurrirá con frecuencia en todo lo que voy a deciros. No habrá nada de especial, ya que nuestro espíritu consiste en enriquecernos con el espíritu de la Iglesia. Con tal de que este espíritu resplandezca en nosotras, debemos desear y debemos alegrarnos de que brille en muchos otros Institutos y en muchas almas.

No necesito deciros que la fe es una virtud sobrenatural, infusa en nosotros por el bautismo; la voluntad libre del hombre acepta este precioso don. Lo que tenemos que buscar, son los medios de desarrollarlo en nosotras. Ante todo, hay que creer sencillamente todo lo que cree la Iglesia, y por el verdadero motivo de la fe, es decir, que es Dios quien nos habla, y que la Iglesia está movida por el Espíritu Santo en todo lo que inspira y en todo lo que propone.

Tenemos que odiar todo lo que está fuera de la vida de la Iglesia y de la fe, todo lo que se aparta, por poco que sea, de la enseñanza católica; no amar lo extraordinario, y, en todo lo que se refiere a la doctrina, ir siempre a lo más seguro. En la lectura, en el estudio, hay que buscar lo sólido. Toda una vida. no basta para leer todos los libros buenos; dejemos los dudosos, leamos los que instruyen y nunca confunden. Tengamos preferencia por los selectos, y tratemos de llegar así, a formarnos un criterio que no acepte el error, y unos oídos que no puedan soportarlo.

Además, bien lo sabéis, en el corazón es donde se ejercita la fe que hace justos; tratemos de inflamarnos en el amor de la verdad divina.

Hace un momento, os hablaba de las incertidumbres por las que, grandes almas, han pasado en la búsqueda de la verdad. Nuestro Padre san Agustín ha sido una de esas grandes almas. Aunque nacido entre católicos, erró de una enseñanza a otra y de una secta a otra, y pasó por todas las filosofías, por todas las opiniones. En todas partes no encontró más que pobreza, miseria, contradicciones, sufrimientos para la inteligencia y para el alma; y así es como, vuelto a la fe, concibió por la verdad que poseía al fin, por la verdad que se le había concedido captar con toda la magnitud de su genio, por la verdad hacia la que se lanzaba con tanto ardor, concibió, digo, ese amor que resplandece en todas las páginas de sus escritos. Leed cualquier página de san Agustín, y veréis cómo siempre se percibe el amor a la verdad, el amor a la doctrina divina, el amor a Dios revelado al hombre.

Respecto a esto, tenemos que ser hijas suyas, y es importante que el espíritu de adoración, que debe ser específicamente el nuestro, nos haga recibir la palabra de Dios y las enseñanzas de la fe con amor ardiente; tenemos que dejarnos penetrar por él de tal modo, que nuestras ideas estén dirigidas más por los criterios de la fe que por los criterios humanos y que, poco a poco, lo invisible domine en nosotros a lo visible. En eso consiste nuestro progreso.

Una religiosa que ha vivido largo tiempo en la Asunción debería ser una persona en la que los pensamientos de fe dominen a todos los demás y le hagan presente lo invisible: Dios, que llena esta habitación, y a quien no vemos; los Ángeles que nos custodian, que nos dirigen, y que no vemos; el bien infinito de la Redención, lo que la Iglesia nos da para aplicar esta Redención a nuestra alma, y que no vemos; el mal infinito del más pequeño pecado, que no vemos. He aquí la vida de fe, que debemos hacer crecer todos los días, que debemos hacer fructificar, de tal modo que todo lo revelado, lo que es cierto, lo que es Dios, invada cada vez más nuestra alma y sustituya a todo lo que es humano, transitorio, pasajero.

la Regla dice: “Que prevalezca sobre las necesidades que pasan, la caridad que permanece”. Diría también, que es preciso que la verdad, que no pasa, prevalezca sobre la verdad aparente que pasa, de modo que lleguemos a las puertas de la eternidad, iluminadas ya por la luz eterna. Entonces el paso será fácil.

Me gustaría decir aquí que esto es lo que he visto, para consuelo mío, junto al lecho de muerte de muchas hermanas nuestras. La luz de la eternidad ya había invadido sus almas; ya se había abierto a la claridad que no tiene fin y se había apartado de las luces falsas que oscurecen esta vida, en vez de iluminarla, y a menudo la llenan de vana ocupación.

No sé si empleo expresiones bastante enérgicas y bastante claras para haceros comprender de qué modo este espíritu de fe forma parte del espíritu de adoración. San Agustín dice que no debemos menos respeto a la Palabra de Dios que a su sagrado Cuerpo; bajo el velo de la palabra se entrega a nosotros, lo mismo que bajo los velos eucarísticos.

Sabéis que se inciensa el libro de los santos Evangelios; sabéis también que se ha dicho de la Santísima Virgen, respecto a los misterios de Nuestro Señor, que “*conservaba todas estas cosas y las meditaba de corazón*”<sup>1</sup>. Haced como ella, Hermanas, venerad todo lo que es palabra de Dios y todo lo que pertenece a la fe; acogedlo como un tesoro y meditadlo en vuestro corazón.

Alguien, que no era un santo. decía que cada palabra del Evangelio debía pesarse, como el usurero pesa sus monedas de oro. En efecto, es el oro de la verdad divina lo que nos aporta cada una de las palabras del Evangelio; y, si las pesáis así, ¡cómo penetrarán en vuestro corazón! ¡cómo trataréis de aplicarlas a todos vuestros sentimientos y a toda vuestra vida! He aquí un campo inmenso abierto a la meditación. Sí, con frecuencia, tenemos tantas distracciones en ella, es porque no se da bastante importancia a dejarse penetrar profundamente por el Evangelio.

Tened también otro ardor, -porque la adoración es algo ardiente, es el amor que se inflama, ante las cosas de Dios: - desead conocer lo más posible la verdad divina y no esas verdades que son objeto de curiosidad para los hombres.

Aun cuando no supieseis bien cómo se analiza tal sustancia, cómo se forma tal gas, eso no tendría importancia, son conocimientos humanos. No los desprecio, pero no son ni de precepto, ni del dominio de la verdad divina. En cambio, no llegaríais a saber bastante lo que pertenece a la revelación, lo que hace conocer más a Dios y a sus atributos; la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; Nuestro Señor Jesucristo, la unión en su persona de la divinidad y de la humanidad; en una palabra, todo lo que pertenece a las verdades que enseña la Iglesia católica.

---

<sup>1</sup> Lc. 2, 19

Cuánto más sedienta esté vuestra alma de este orden de conocimientos, cuánto más deseéis instruiros en la doctrina de los Santos y saber lo que la Iglesia aprueba, para

caminar siguiendo sus pasos, y agradar a Jesucristo, tanto más seréis Religiosas de la Asunción. Una parte del ardor de vuestra fe, del ardor de vuestra adoración, es amar este orden de verdades. Para ello os ayudará la oración, que os hará profundizar en la doctrina de Jesucristo, que os abrirá los ojos del alma y que la purificará, para que Dios derrame en ella su luz.

Expresamente hoy os hablo sólo de la doctrina de verdad, sin hablaros aún de Aquél que es la verdad misma y del que hablaremos en otro momento. Me detengo, pues, en esta doctrina, y os digo que tenéis que amarla, que debéis acceder a ella con espíritu de adoración, con fe, con fervor, que os hagan desear conocerla más, realizarla lo más posible en vosotras y hacerla vivir en el alma; en fin, que debéis meditarla con una atención tan grande y un respeto tan profundo que, en cierto modo, se encarne en vuestra vida.

No puedo decir estas cosas más que de un modo imperfecto; completadlas vosotras mismas en la meditación; ved cómo esta característica de la fe es el carácter propio de nuestro espíritu, de qué modo debe actuar en nuestra vida, transformar nuestro entendimiento, llenar nuestros afectos y darnos para con Dios un amor nuevo. ¡Cuántos hombres han vivido sin tener la plenitud de conocimientos que nosotras tenemos! ¿Por qué vosotras y yo hemos sido escogidas? ¿Por qué se nos ha llamado a una Congregación que nos da medios para instruimos, en lo posible, en la verdad divina? ¿Lo hemos merecido? No, sin duda alguna, se nos ha tratado así, por una especial bondad de Dios. Tenemos, pues, que agradecer a Dios este beneficio, adorarle, bendecirle y amarle aún más.

Algunas veces se dice que los derechos de Dios nos abruman. No lo he podido nunca comprender. Me parece, por el contrario, que cada uno de los derechos que Dios ejerce sobre nosotros es un derecho de amor y de misericordia. El derecho a que le creamos, ¿es acaso un derecho que abruma? ¿No es, por el contrario, un derecho que nos eleva y que nos enriquece? Si Dios no nos hubiera impuesto la fe ¿dónde iríamos, pobres y miserables criaturas? A merced de todas las doctrinas como hizo san Agustín en sus errores. ¿No es demasiada felicidad creer lo que nos da luz en este mundo y gloria en la eternidad? El preludio de la eternidad, es creer cada vez más en Dios y en Nuestro Señor Jesucristo. Él mismo nos lo enseña: “La vida eterna, dice, es que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo”<sup>2</sup>. Jesucristo es el enviado del Padre, conocerle, es poseer ya en este mundo el conocimiento de la vida eterna.

Amemos, pues, a nuestro Instituto que, de tantas maneras, nos recuerda el espíritu de fe, y nos da muchos medios para enriquecernos con él.

---

<sup>2</sup> Jn.17,3.